

## CAPÍTULO XVII

### En que el lector vuelve á entrar en la casa de la Palmera

La necesidad de seguir sin interrupción los acontecimientos políticos y militares que hicieron caer á Nápoles en poder de los franceses, nos ha obligado á alejarnos de la parte novelesca de nuestro relato y á prescindir por algún tiempo de los personajes pasivos, esto es, de los que sufrían las consecuencias de aquellos sucesos, para no ocuparnos sino de los que los dirigían. Ahora que hemos dado á los actores episódicos de esta historia la importancia que reclamaban, permitásenos volver los ojos hacia los primeros papeles sobre los cuales debe reconcentrarse todo el interés de nuestro drama.

Al número de estos últimos personajes pertenece la pobre Luisa San Felice.

El lector recordará que la dejamos desmayada

en la playa de la Vittoria entre los brazos de Miguel, su hermano de leche. Mientras que su esposo, fiel á sus deberes y á la promesa hecha al príncipe y al amigo, iba á reunirse, con riesgo de su vida, al duque de Calabria, la desyenturada Luisa, que se quedaba en Nápoles, donde peligraban su honor y su felicidad, volvía á la casa de la Palmera, con no pequeño asombro de su doncella Giovanina.

Miguel, ignorando la verdadera causa de aquel asombro y el motivo que prestaba al rostro y á la mirada de Giovanina aquella expresión ceñuda, casi amenazadora, refirió las cosas tales como habían pasado.

Luisa cayó en cama con una calentura devoradora. Miguel pasó la noche á su cabecera, y así que fué de día, viendo que el estado de su hermanita no se mejoraba, corrió en busca del doctor Cirillo.

Mientras tanto, llegó el cartero con una carta para Luisa.

Nina reconoció el sello de Pórtici. La doncella había notado la emoción de su ama cada vez que recibía una carta parecida á aquella, y la había visto encerrarse después en el cuarto de Palmieri, del cual salía con los ojos llorosos.



Comprendiendo que era una carta de Salvato, determinó guardarla á todo evento, aunque sin decidirse á abrirla: si su ama llegaba á conocer su falta, se excusaría de no habérsela entregado á causa de su indisposición; si no la echaba de menos, lugar tenía de leerla.

Cirillo creía que Luisa había marchado; pero al oír el relato de Miguel, adivinó cuanto había sucedido y siguió al lazzaroni á la casa de la Palmera.

El buen doctor amaba á Luisa con la ternura de un padre. Al ver á la enferma, reconoció en ella todos los síntomas de una fiebre cerebral, y, sin hacerle ninguna pregunta que pudiese empeorarla, se limitó á combatir la calentura. Demasiado hábil para dejarse vencer por una enfermedad conocida que apenas acababa de manifestarse, Cirillo triunfó de ella en poco tiempo; á los tres días la interesante enferma estaba si no completamente curada, á los menos fuera de peligro.

Al cuarto, una persona que Luisa no esperaba entró en su habitación; la joven lanzó un grito de júbilo al reconocerla y extendió los brazos fuera de la cama: era su amiga la duquesa Fusco, la cual, según había predicho San Felice, abandonó su destierro tan pronto como supo la fuga de la reina. Las dos amigas se abrazaron. Pocos instantes

después, la duquesa conocía todos los pormenores de la situación. Por espacio de tres meses, Luisa se había visto obligada á encerrar en el fondo de su corazón todas sus penas, y su corazón se desbordaba desde hacía cuatro días. Un gran moralista ha dicho que las mujeres, al contrario que los hombres, guardan mejor los secretos propios que los ajenos; á pesar de esta máxima, Luisa no tenía secretos para su amiga quince minutos después de haberla abrazado.

Inútil nos parece decir que la puerta de comunicación quedó desde entonces abierta, como si los dos edificios no formaran más que uno, y que la joven no ocultó á la duquesa los misterios de la habitación sagrada.

El día en que Luisa abandonó la cama, recibió una nueva carta de Pórtici. Giovanina vió con inquietud la llegada de aquella misiva; pero esperó á que la joven acabase de leerla. Si en aquella carta se referían á la precedente y si Luisa se la reclamaba, Giovanina la buscaría, disculpando su olvido con la preocupación que le causara la enfermedad de su señora. Si ésta no se la pedía, pensaba guardarla para que le sirviera de auxiliar en un sombrío proyecto que aun no había madurado, pero que ya estaba en germen en su cerebro.



Los acontecimientos seguían su curso. La duquesa Fusco, adhiriéndose completamente al partido patriótico, había vuelto á abrir sus salones y recibía en ellos á todos los hombres eminentes y á todas las mujeres distinguidas que figuraban en aquel partido. Al número de las últimas pertenecía Leonora Fonseca Pimentel, á la cual veremos pronto mezclándose en los sucesos políticos de su país, con el valor de un hombre y el entusiasmo propio de su sexo.

Aquellos acontecimientos, que hasta entonces había mirado Luisa con indiferencia, llegaron á adquirir á sus ojos extraordinaria importancia. Por muy bien informados que se hallasen los tertulios de la duquesa Fusco, había una cosa respecto á la cual tenía Luisa noticias mucho más exactas que las suyas; tal era la marcha de los franceses sobre Nápoles. En efecto, cada tres días estaba al corriente de lo que habían avanzado los republicanos y del punto en que se hallaban.

También su marido le había escrito dos cartas. En la primera le noticiaba su feliz arribo al puerto de Palermo y le expresaba el sentimiento de que el estado borrascoso del mar no le hubiese permitido acompañarle; pero no le decía que fuese á reunirsele. El lenguaje era cariñoso y paternal

como siempre, lo cual probaba que el caballero no había oído, á no había querido oír el último grito de desesperación lanzado por Luisa.

La segunda carta contenía algunos pormenores respecto á la situación de la corte en Palermo, pormenores que el lector hallará en el curso de nuestro relato. Pero de igual modo que en la primera, no expresaba el deseo de que la joven abandonase á Nápoles. Al contrario, en ella le daba algunos consejos sobre la manera cómo debía conducirse en medio de las crisis políticas que iban á agitar la capital y le anunciaba que por el mismo correo escribía á los señores Backer, dándoles orden de que le entregasen cuantas sumas pudiera necesitar.

En la misma mañana en que se recibió la carta del caballero, Andrés Backer, á quien Luisa no había visto desde el día de su visita á Caserta, se presentó en la casa de la Palmera.

Luisa le recibió con su acostumbrada amabilidad, le dió las gracias por su apresuramiento en secundar las órdenes de San Felice, pero le previno que, viviendo sumamente retirada, había decidido no recibir ninguna visita durante la ausencia de su esposo, y que cuando necesitase dinero, ella misma iría á tomarlo ó mandaría á Miguel con un recibo.



Andrés comprendió que era una despedida en toda regla y se retiró suspirando.

Luisa le acompañó hasta la gradería, y dijo á Giovanina que acababa de cerrar la puerta:

— Si vuelve á presentarse el señor Andrés Backer solicitando hablarme, no olvidéis que para él nunca estoy en casa.

Conocida es la familiaridad que los criados tienen en Nápoles con sus amos.

— ¡Dios mío! respondió Giovanina, ¡parece mentira que un hombre tan buen mozo haya podido disgustar á la señora!

— Ni me gusta ni me disgusta, replicó Luisa fríamente; pero no quiero recibir á nadie en ausencia de mi marido.

Giovanina, á quien los celos mordían el corazón, estuvo por responder: « Excepto al señor Salvato; » pero reprimió su rabia, y una sonrisa de duda fué su única respuesta.

La última carta que Luisa había recibido de Salvato tenía la fecha del 19 de Enero.

El 20 fué un día de inquietud y de zozobra para Nápoles; pero la angustiada ansiedad de Luisa fué mayor que la de todo el mundo. La joven sabía por su hermano Miguel los formidables preparativos de defensa que se estaban haciendo, y por Salvato,

que el general en jefe del ejército francés había jurado tomar la capital á todo trance.

Salvato suplicaba á la joven que se pusiera al abrigo de los proyectiles, caso que bombardearan á Nápoles, permaneciendo en los sótanos más profundos de la casa.

Semejante peligro era muy de temer si no conseguían los patriotas, como habían prometido, apoderarse del castillo de San Telmo.

El 21 por la mañana empezó á reinar grande agitación en las calles de Nápoles. Era que el fuerte de San Telmo había izado la bandera tricolor y se declaraba por los patriotas y por los franceses.

El júbilo de Luisa fué entonces inmenso, y no porque triunfasen unos ú otros; ella no había tenido nunca opinión política; sino porque se le figuraba que aquel apoyo dado á los patriotas disminuía el peligro que corría su amante, patriota entusiasta y francés por adopción.

Miguel se presentó aquel mismo día en la casa de la Palmera. Jefe del pueblo y decidido á combatir hasta la muerte por una causa que no comprendía muy bien, pero hacia la cual le arrastraban el torbellino de los acontecimientos y el medio en que vivía, el lazzaroni iba á recomendarla á su madre.

Tomo v.

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 225 MONTERREY, MEXICO



La joven lloró amargamente al decir adiós á su hermano; pero todas aquellas lágrimas no eran por el peligro que corría Miguel: una buena parte eran originadas por el que iba á correr Salvato.

Pero el lazzaroni las tomó para sí, y medio riendo medio lloriqueando, trató de tranquilizar á Luisa recordándole la predicción de Nanno. Según la hechicera albanesa, debía llegar á coronel y morir en la horca. No siendo más que capitán, el hierro y el fuego no tendrían poder contra él.

Verdad es que si la predicción de Nanno se cumplía respecto al lazzaroni, también debía cumplirse respecto á Luisa, y que si el uno moriría ahorcado, la otra debía morir en el patíbulo.

La alternativa no era muy consoladora.

En el momento en que Miguel iba á separarse de Luisa, la joven le detuvo y se escaparon de sus labios estas palabras:

— Si encuentras á Salvato...

— ¡ Oh! ¡ no digas más, hermanita! exclamó Miguel.

Ambos se habían comprendido.

Una hora después, empezaron á oirse los primeros cañonazos.

La mayor parte de los patriotas, que por su edad

avanzada ó por circunstancias especiales no podían empuñar las armas, se habían reunido en casa de la duquesa de Fusco, á donde llegaban de hora en hora noticias del combate. Pero Luisa se hallaba demasiado interesada en la lucha para esperar tranquilamente en el salón de su amiga los pormenores de aquellas sangrientas jornadas. Solá, en el cuarto de Salvato, oraba de rodillas delante de un crucifijo.

Cada cañonazo hallaba en su corazón un eco doloroso.

De cuando en cuando, la duquesa Fusco iba á anunciar á su amiga los progresos que hacían los franceses; pero al mismo tiempo la refería con una especie de orgullo nacional la heroica defensa de los lazzaroni.

Luisa no respondía sino con un gemido. Le parecía que cada bala, cada proyectil amenazaba el corazón de Salvato. ¿ Sería eterna aquella lucha terrible?

Durante los acontecimientos del 21 y del 22, Luisa se acostó vestida en la misma cama donde se curó Palmieri. Los lazzaroni ocasionaron varias alarmas: la reputación de patriotismo de la duquesa Fusco no estaba exenta de peligro en aquellos momentos de suprema crisis. Pero Luisa no parti-



cipaba de la inquietud de los demás: su única preocupación era Salvato; su único temor, el riesgo que corría su vida.

El tiroteo cesó en la mañana del tercer día, y entonces anunciaron á los patriotas de casa de la duquesa que los franceses habían vencido en todos los puntos, pero que aun no eran completamente dueños de la ciudad.

¿Qué había sucedido en aquella lucha encarnizada? ¿Vivía Salvato? ¿había muerto? ¿estaba herido?

El rumor del combate cesó con los tres cañonazos que el castillo de San Telmo disparó contra los que saqueaban el regio alcázar.

Luisa iba á volver á ver á Miguel ó á Salvato, si es que no les había sucedido alguna desgracia; probablemente vería antes al primero, porque el lazzaroni podía entrar en su casa á todas horas, mientras que Palmieri, ignorando la ausencia de San Felice, no se atrevería á presentarse sino de noche y en el sitio convenido.

Luisa se asomó al antepecho y fijó la vista en Chiaia; por aquel lado debían venir los que esperaba con tanta impaciencia.

Las horas se deslizaban lentamente. La joven supo la rendición completa de la ciudad, oyó los

gritos de la muchedumbre que acompañaba á Championnet al sepulcro de Virgilio, y tuvo noticia de que al día siguiente iba á operarse en la catedral la licuefacción de la sangre del bienaventurado San Gennaro. Pero todos aquellos rumores pasaron por su imaginación como los fantasmas de un sueño. ¿Qué podía importarle, no teniendo ninguna relación con lo que ella esperaba?

Dejemos á Luisa en el antepecho, y volvamos á la ciudad, á fin de presenciar las angustias de otra alma no menos impaciente que la suya.

Si no es imperfecto el retrato físico-moral que hemos hecho de Salvato, nuestros lectores deben comprender que por muy grande que fuese su deseo de ver á Luisa, el deber del soldado era en el joven oficial mucho más poderoso que la impaciencia del amante.

Palmieri se había separado del grueso del ejército para operar lejos de Nápoles al frente de su media brigada, sin proferir una queja, sin hacer la más mínima observación; y sin embargo, estaba convencido de que una sola palabra que dijese á Championnet respecto al imán que le atraía á Nápoles, bastaría para que el general — que tenía por él la ternura de la admiración, la más profunda quizás de todas las afecciones, — le facilitase el



camino á fin de que fuese uno de los primeros que entraran en la capital de las Dos Sicilias.

Cuando llegó al largo delle Pigne, precisamente en el momento de salvar la vida á Miguel, cuando estrechó al lazzaroni contra sus brazos, un' doble motivo de júbilo hizo palpar su corazón: primero, porque le pagaba con usura el servicio que de él había recibido; segundo, porque iba á saber noticias de Luisa y á tener una persona con quien hablar de ella.

Pero también entonces quedó frustrada su esperanza. La viva imaginación de Championnet previó en seguida todo el partido que podía sacar de la reunión de Salvato con los lazzaroni, y concibiendo el proyecto de hacer que San Gennaro operase el milagro en favor de los franceses, resolvió confiar á Salvato y á Miguel la guardia de honor destinada á la catedral.

Ya hemos visto el excelente resultado que tuvo esta doble elección.

Sólo que el infeliz Palmieri quedaba hasta la mañana siguiente encadenado, por decirlo así, á las columnas del templo de cuya seguridad respondía.

Pero no bien llegaron al palacio arzobispal, no bien distribuyó sus granaderos bajo el pórtico de la iglesia y en la plazuela contigua á la strada dei

Tribunali, cuando Salvato ciñó con su brazo el cuello de Miguel, le condujo á la catedral y le dijo estas dos únicas palabras que equivalían á un millón de preguntas:

— ¡ Y ella ?

Y Miguel, con la exquisita inteligencia que le prestaba el triple sentimiento de veneración, gratitud y ternura que tenía por Luisa, le refirió entonces cuanto había sucedido, desde los impotentes esfuerzos de la joven por seguir á su esposo, hasta aquella última frase que había salido hacía tres días de lo más profundo de su corazón: *¡ Si encuentras á Salvato!...*

Así es que las últimas palabras de Luisa y las primeras que pronunciaba Salvato podían traducirse de esta manera:

— ¡ Le amo siempre!

— ¡ La adoro más que nunca!

Aunque el sentimiento que Assunta inspiraba á Miguel, no alcanzase las proporciones del amor que se tenían Salvato y Luisa, no por eso dejaba el lazzaroni de comprenderle; y en la efusión de su gratitud, y animado por esa alegría de vivir, que siempre se experimenta después de haber corrido un gran peligro, Miguel se hizo el intérprete de los sentimientos de Luisa con tal verdad y elocuencia,



que ni la misma joven se hubiera atrevido á expresarlos con tanta pasión. El lazzaroni repitió veinte veces á Salvato — sin que el feliz amante se cansase de oírlo — que Luisa le amaba cada vez más.

Mientras que Miguel y Palmieri pasaban el tiempo de esta manera bajo las bóvedas de la catedral, Luisa, como la vigilante Ana del cuento de Barba-Azul, estaba de atalaya en el antepecho, fijos los ojos en el camino de Chiaia.

## CAPÍTULO XVIII

### El voto de Miguel

La noche descendió lentamente sobre la tierra. Luisa no abandonó su observatorio mientras la incierta luz del crepúsculo le permitió distinguir los que venían hacia Margellina por el camino de Nápoles. De cuando en cuando levantaba los ojos al cielo como para preguntar á Dios si había arrebatado del mundo á aquel á quien ella esperaba.

Á eso de las ocho, le pareció distinguir entre las tinieblas á un hombre de la estatura y el aire de su hermano Miguel.

Aquel hombre se detuvo á la puerta del jardín; pero antes que tuviese tiempo de llamar, Luisa gritó desde la ventana:

— ¡Miguel!

— ¡Yo mismo, hermanita! respondió el lazzaroni.

Miguel acudió presuroso al llamamiento de Luisa,



y cómo la elevación de la ventana era apenas de ocho ó diez pies, escaló la pared apoyándose en los intersticios, y penetró en el comedor.

El risueño acento del lazzaroni y su rostro placentero tranquilizaron á Luisa y desvanecieron sus temores de que hubiese ocurrido alguna desgracia.

Pero le chocó sobremanera el extraño uniforme en que apareció á su vista su hermano de leche.

Miguel tenía cubierta la cabeza con una especie de gorra de hulano, en cuya cima campeaba un plumero semejante al penacho de un tambor mayor; ceñía su cuerpo una chaqueta azul-celeste con haldillas y bordados de oro en las mangas y en el pecho: de su hombro izquierdo colgaba un dormán encarnado, no menos lujoso que la chaqueta; un pantalón gris galoneado de oro completaba este traje, al cual daba un aspecto más formidable el chafarote que el lazzaroni debía á la liberalidad de Salvato y que por cierto no había permanecido ocioso durante los tres días de combate.

Era el uniforme de coronel de la milicia nacional que Championnet se había apresurado á enviarle, conociendo los sentimientos de fidelidad y cariño que animaban al lazzaroni respecto á Palmieri.

Miguel se plantó su uniforme en cuanto llegó á

sus manos, é inmediatamente pidió permiso al joven brigadier para ausentarse durante una hora, aunque sin decirle á donde iba.

En dos brincos salvó la distancia que mediaba desde la catedral á la casa de Assunta, donde su presencia en aquel traje y á semejante hora dejó estáticos á su novia, al buen Basso-Tomeo y á sus tres hijos, dos de los cuales se ocupaban á la sazón en vendarse las heridas que habían recibido en la lucha. Miguel fué derecho al armario en que Assunta guardaba sus vestidos, escogió entre ellos el que le pareció más nuevo y más airoso, se le metió debajo del brazo, y prometiéndoles volver al siguiente día, salió haciendo tales piruetas y murmurando palabras tan incoherentes, que de seguro le hubieran valido el sobrenombre *del Pazzo*, si este sobrenombre no hubiese sido ya el suyo.

Para ir desde la Marinella hasta Margellina hay que atravesar á Nápoles de un extremo á otro; pero Miguel conocía tan bien los *vicoli* y las callejuelas que podían hacerle ganar un metro de terreno y marchaba con tal brío, que apenas empleó un cuarto de hora en salvar la distancia que le separaba de Luisa, y ya le hemos visto entrar por el balcón á fin de acortar el trayecto.

— ¡ Albricias, hermanita ! dijo Miguel en cuanto



cayó en el comedor: está bueno y sano y te quiere con locura.

Luisa lanzó un grito de júbilo, é impulsada por la alegría que le causaba la buena noticia y el cariño que tenía á su hermano de leche, abrió los brazos y estrechó al lazzaroni contra su corazón.

— ¡ Miguel! ¡ querido Miguel! ¡ cuánto me alegro de volver á verte!

— Y puedes alegrarte, porque no ha faltado mucho para que no volviéramos á vernos: si no es por él me fusilaban.

— ¿ Por quién? preguntó Luisa, aunque adivinaba lo que su hermano quería decir.

— ¿ Por quién había de ser ¡ voto á bríos! sino por el señor Salvato? ¿ Quién sino él se hubiera tomado el trabajo de evitar que abrieran á un pobre lazzaroni cinco ó seis agujeros en el pellejo? Pero afortunadamente se apareció por allí, y les dijo: « ¡ Eh! ¡ alto allá! cuidado, que ese es Miguel á quien yo debo la vida y no hay que andarse en bromas con la suya! » Y entonces me dió un abrazo mayúsculo, y en vez de fusilarme, el general en jefe me nombró coronel; lo cual quiere decir, hermanita, que la consabida cuerda no anda muy lejos de mi garganta.

Luego, viendo que Luisa le escuchaba sin responderle:

— Pero vaya al diablo mi prometido corbatín de cáñamo, y hablemos de otra cosa. Pongo en tu noticia, hermanita, que en el momento en que iban á fusilarme hice una promesa en la cual tienes tú una buena parte.

— ¿ Yo?

— Sí. Al verme en aquel apuro hice voto solemne de que si escapaba de él — cosa que me parecía muy poco probable — no se había de pasar el día sin que fuésemos á rezar una estación á San Gennaro. Por consiguiente, no hay tiempo que perder; mas como podrían admirarse de ver á una gran señora como tú corretear por las calles de Nápoles del brazo de Miguel el Loco, no obstante su nuevo uniforme de coronel, te traigo un vestido con el cual no te conocerá nadie. ¡ Toma, póntele!

Y dejó caer á los pies de su hermana el envoltorio que llevaba debajo del brazo.

Luisa no comprendía una palabra; pero las palpitaciones de su corazón le decían que detrás de aquel aparente capricho se ocultaba alguna grata sorpresa, y no quiso profundizar el misterio por temor de verse obligada á no acceder á la súplica del lazzaroni.



— Bueno, mi pobre Miguel, le dijo; puesto que has hecho una promesa á la cual crees deber la vida, es preciso que la cumplas; si faltaras á ella, tal vez te sucedería alguna desgracia. Además, yo también siento la necesidad de dar gracias á Dios. Pero...

— Pero ¿ qué ?

— ¿ No te acuerdas que me dijo tuviese abierta la ventana que da sobre la callejuela y la puerta que hay entre esa ventana y su cuarto ?

— ¿ De modo, repuso Miguel, que la puerta y la ventana están abiertas ?

— Sí: ¡ é imagina lo que pensaría si las encontrase cerradas !

— ¡ Oh! te juro que semejante cosa le causaría profundo pesar; mas, por desgracia ó por fortuna, el señor Salvato no es dueño de su persona siempre que quiere: esta noche está de guardia cerca del general en jefe; y, como no podrá abandonar su puesto hasta mañana á las once, podemos cerrar puertas y ventanas é irnos tranquilos á cumplir mi promesa ante el altar del bendito San Gennaro.

— Bien, murmuró Luisa lanzando un suspiro.

Y entró en su alcoba á ponerse un traje de Assunta, mientras Miguel iba á cerrar la referida ventana.

Al penetrar en el aposento que daba sobre la callejuela, el lazzaroni creyó ver una sombra deslizándose rápidamente á lo largo de la pared hacia el rincón más oscuro del cuarto. Como aquel afán por esconderse podía ser hijo de malas intenciones, Miguel avanzó entre las tinieblas con los brazos extendidos hacia adelante.

Pero entonces la sombra, viéndose descubierta, le salió al encuentro diciendo:

— Soy yo, Miguel, yo que estoy aquí por orden de la señora.

Miguel reconoció la voz de Giovanina y, pareciéndole verosímil lo que la doncella le decía, no dió ninguna importancia á aquel incidente y se puso á cerrar la ventana.

— Pero, ¿ y si viene el señor Salvato ? preguntó Giovanina.

— Descuida, que no vendrá, respondió el lazzaroni.

— ¿ Le ha sucedido alguna desgracia ?

Y tan extraordinario interés revelaba la rápida entonación en que fué hecha la pregunta, que la misma joven comprendió su imprudencia y se apresuró á añadir:

— Si así fuera, habría que ir preparando el ánimo de la señora antes de darle la noticia.

— La señora sabe respectó al asunto cuanto ne-



cesita saber, nada le ha sucedido al señor Salvato; pero se halla en sitio de donde no podrá salir hasta mañana.

En aquel momento se oyó la voz de Luisa que llamaba á su doncella.

Giovanina, pensativa y con las cejas contraídas, se dirigió lentamente al cuarto de su señora, mientras que Miguel, sin tratar de explicarse las extravagancias de la joven doncella, á las cuales se hallaba acostumbrado, cerraba aquellas ventanas que Luisa había hecho veinte veces propósito de no abrir, y que, sin embargo, lo estaban de par en par desde hacía tres días.

Cuando Miguel volvió á entrar en el comedor, su hermana estaba ya completamente vestida; el lazaroni lanzó un grito de asombro: nunca le había parecido tan bella como en aquel humilde traje que llevaba con la misma soltura y desembarazo que si fuera el suyo.

Por su parte, Giovanina contemplaba á su ama con la expresión de la envidia y de los celos retratada en el semblante. La doncella le perdonaba que fuera hermosa con los suntuosos vestidos de gran dama; pero, hija del pueblo, no podía perdonarle que estuviese hechicera en el traje de las clases inferiores.

En cuanto á Miguel, admiraba á Luisa con inocente franqueza, y no pudiendo adivinar que cada uno de sus elogios fuese una puñalada que atravesaba el corazón de la doncella, repetía en todos los tonos de la estupefacción:

— Pero, ¡ mirala, Giovanina, mírala qué hermosa está!

Y en efecto, una especie de aureola, no sólo de belleza, sino también de ventura, parecía ceñir la frente de Luisa. Después de tantos días de angustia y de acerbo dolor, triunfaba al fin el sentimiento comprimido por tan largo tiempo. Quizás por la primera vez de su vida, la joven amaba á Salvato sin amargura, sin pesar, casi sin remordimiento.

¿ No había hecho cuanto había podido por combatir aquel amor? ¿ No había sido la fatalidad la que la había encadenado en Nápoles, impidiéndole seguir á su marido? Pero los corazones verdaderamente religiosos como el de Luisa no creen en la fatalidad. Luego si no era la fatalidad la que la retenía, era la Providencia; y siendo la Providencia ¿ cómo temer la dicha que emanaba de esa hija bendita del Señor?

Esto supuesto, nada tiene de extraño que dijese á su hermano con risueño acento:

— Cuando quieras, Miguel; ya ves que estoy lista.



Y empezó á bajar la gradería.

Giovanina no pudo entonces contenerse, y cogiendo á Miguel por el brazo :

— ¿ Adónde va la señora? le preguntó.

— Á dar gracias á San Gennaro por haber salvado la vida á su humilde servidor, respondió el lazzaroni.

Y se apresuró á reunirse con su hermana.

Por la parte de Margellina, donde no había tenido lugar ningún combate, Nápoles presentaba un aspecto bastante tranquilo. Á lo largo de la ribera de Chiaia había gran iluminación, y las patrullas francesas circulaban por entre la alegre muchedumbre que, gozosa por haber escapado á los peligros de aquellas sangrientas jornadas, peligros que tantas víctimas habían hecho en la población, manifestaba su júbilo á la vista del uniforme republicano y gritaba agitando pañuelos y sombreros : « ¡ Viva la república francesa ! ¡ viva la república partenópea ! »

Ésta no se había proclamado aún ; pero nadie ignoraba que iba á proclamarse al día siguiente y que era la forma de gobierno adoptada.

Al llegar á la calle de Toledo, el espectáculo era más sombrío. Allí empezaba la serie de casas que las llamas habían devorado ó que habían sido

blanco de la rapacidad de la plebe. Unas, no eran más que un montón de humeantes ruinas ; otras, con las puertas y ventanas hechas pedazos, con los muebles rotos y hacinados ante la fachada, daban una idea de lo que había sido aquel fugaz reinado de los lazzaroni y de la suerte que estaba reservada á Nápoles si hubiese durado algunos días más. En algunos puntos, se veían carros cargados de arena y una porción de obreros ocupados en sacarla á espuestas para extenderla sobre las charcas de sangre que habían dejado los heridos y los muertos.

El espectáculo era aún más triste en la plaza del Mercatello. Frente al colegio de los Jesuitas se había establecido una ambulancia ; y mientras que allí se hacía la primera cura á los heridos, el populacho entonaba canciones contra la reina, encendía hogueras, disparaba tiros al aire y echaba al suelo con gritos de rabia la estatua de Fernando I que decoraba el pórtico del referido edificio.

Luisa volvió los ojos por no ver aquella escena.

Bajo la puerta Blanca, había una barricada medio demolida ; frente á la barricada, esquina á la calle San Pietro á Mazella, el incendio devoraba los restos de un palacio, cuyos ennegrecidos pare-



dones se derrumbaban lanzando al aire nubes de polvo y columnas de chispas.

Luisa estrechó temblando el brazo de Miguel; y sin embargo de su terror, experimentaba un sentimiento de bienestar cuya causa no acertaba á explicarse. Á medida que se aproximaba á la antigua iglesia, aligeraba el paso, como si los ángeles que transportaron al cielo al bienaventurado San Genaro le hubiesen prestado sus alas.

Por fin llegaron al templo. Miguel condujo á Luisa á uno de los más sombríos rincones de la catedral y le dijo, dándole una silla y poniendo otra á su lado :

— Reza, y espérame un instante, hermanita; al momento vuelvo.

Miguel salió de la iglesia. Al entrar, había creído reconocer á Salvato Palmieri apoyado contra una de las columnas del pórtico.

— Mi comandante, dijo aproximándose al joven oficial y sacándole de su meditación, venid conmigo; tengo que enseñaros cierta cosa que estoy seguro os alegraréis de ver.

— Ya sabes que no puedo abandonar mi puesto.

— ¡ Bah! la veréis sin salir de aquí y sin faltar á la consigna.

— Eso varía de especie... dijo Salvato.

Y siguió al lazzaroni sin que siquiera sospechara lo que iba á enseñarle.

Ambos entraron en la catedral. Á la luz de una lámpara que ardía en el coro derramando sus pálidos fulgores sobre los escasos fieles que había en el templo, Miguel enseñó á Salvato una mujer que rezaba con ese profundo recogimiento propio de las almas enamoradas.

Salvato se estremeció.

— ¿ No veis, allá abajo, en aquel rincón? preguntó Miguel señalando con el dedo.

— ¿ Qué?

— Aquella mujer que reza tan devotamente.

— ¿ Y bien?

— Mi comandante, mientras que yo quedo en vuestro puesto, y cuenta que le vigilaré concienzudamente, id á arrodillaros junto á ella. No sé por qué se me figura que esa devota va á daros noticias de Luisa.

Palmieri miró al lazzaroni con asombro.

— ¡ Conque, id, id, y no os quedéis clavado como un poste!

Y el lazzaroni le empujó suavemente.

Salvato obedeció; pero antes que se arrodillara junto á Luisa, ésta reconoció el rumor de sus pasos, volvió la cabeza, y un débil grito, sofocado por la



majestad del sitio en que se hallaba, se escapó del pecho de ambos jóvenes.

Á aquel grito impregnado de inefable ventura, que anunciaba á Miguel el mágico efecto de su plan, fué tan grande la alegría del lazzaroni, que no obstante la nueva dignidad de que se hallaba revestido, no obstante la sagrada causa que acababa de sofocar el doble grito de amor, en la garganta de Luisa y de Salvo, salió de la iglesia repitiendo la serie de cabriolas, cuya primera edición había hecho pocas horas antes á la puerta de Assunta.

Si juzgásemos la conducta de Miguel bajo el punto de vista de nuestra moral, de Miguel, que facilitaba la entrevista de dos amantes sin curarse de si la dicha que les proporcionaba podría contribuir al infortunio de otras personas, es indudable que hallaríamos en ella mucho de inconsiderado y aun de reprehensible.

Pero la moral del pueblo napolitano no tiene las susceptibilidades que la nuestra, y de seguro no hubiera sido pequeño al asombro del lazzaroni si cualquiera le hubiese dicho que acababa de cometer un acto dudoso, á él, que se hallaba persuadido de que acababa de ejecutar la acción más hermosa de su vida.

Quizás hubiera podido responder que, facilitando

á los dos amantes su primera entrevista en una iglesia, los obligaba por esta misma razón á mantenerse en los límites del más estricto decoro, alejando el peligro que en cualquier otro lugar hubiese resultado del aislamiento; pero debemos decir, en honor de la verdad, que ni siquiera se le pasó por la imaginación semejante cosa.